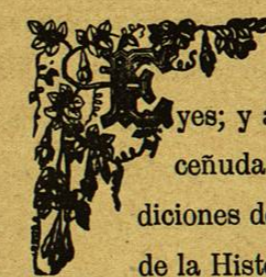


satisfacciones morales, y la proveyó en Grandpre, muy sensible de suyo y muy acostumbrado á tratar con los afligidos. Informado, primero de Septiembre, del movimiento que amenazaba las cárceles, recorriólas desde la hora del alba, y encontró en ellas numerosas gentes, arrestadas en los asaltos domiciliarios, conducidas allí la noche antes por mandatos judiciales no bien puestos y menos bien fundados, presa de agitaciones y de pánicos, habiéndoles prohibido toda comunicación directa ó indirecta con el exterior de la Comunidad revolucionaria; y les mueve á escribir aguardando tres horas sus cartas, y al tenerlas, pártese hacia los amigos y familias de aquellos infelices, con lo cual consigue que algunos sean reelamados, y á virtud de esta reclamación sueltos. Sin embargo, los asomos de un degüello se veían por todas partes como relampagueos precursores de la tempestad. Grandpre vino aterrado al ministerio de la Gobernación; esperó á que salieran del Consejo los ministros, en el salón reunidos, bajo la presidencia de Roland; y viendo aparecer á Danton el primero, acércase á él, describe con el sentimiento comunicado á su palabra por el odio y abominación de los crímenes tantos horrores como amenazan, pide para evitarlos una separación entre los prisioneros; y cuando estaba más patético, el ministro le interrumpe, saliéndosele de las órbitas los ojos, con voz semejante á un mugido de toro, el rostro demudado y le dice: «callad, bastante me cuido yo de vuestros presos: que se las arreglen como puedan». Los testigos de la escena retrocedieron horrorizados, al oír semejante respuesta en tan extraordinarias circunstancias.» Hasta aquí el relato de Madame Roland. Y pregunto yo; ¿se portó el ministro de la Gobernación, su esposo, mejor que se portara el ministro de la Justicia, su enemigo? La degollación de los realistas se condensó como una calamidad aérea, y al modo que los ciclones derriban copas de árboles, derribó el terror social cabezas de hombres. *Sic fâta voluere.*



CAPÍTULO VIGÉSIMO-CUARTO

La dinastía en el Temple; la Matanza en el Ayuntamiento; la Victoria en el Campo.



N estas observaciones sobre un fenómeno tan capital revolucionario, como la condensación del terror, hemos casi prescindido de los Reyes; y á los Reyes tenemos que volver, pues, destronados, rotos, reclusos en ceñuda torre, puestos sobre los potros del tormento, perseguidos por las maldiciones del pueblo y del cielo, todavía se nos aparecen como los protagonistas de la Historia y como los representantes de la sociedad. El arcópago europeo, desde la corte de Madrid hasta la corte de Petersburgo, todavía se desvive por ellos; las tropas de los dos irreconciliables enemigos, el Emperador de Austria y el Rey de Prusia, semejantes en sus mutuos odios á los tristes herederos del mártir Edipo, todavía se juntan y se reconcilian por ellos, olvidando sus respectivos agravios en una campaña común; el cura no juramentado, aun ortodoxo, ruega por sus regias personas en la misa, y levanta sus nombres á Dios, acompañados con el órgano, el incienso, el cáliz, la hostia; requiere la espada gentil el emigrado intransigente á su favor en las fronteras, creyendo que, leal á sus Reyes, no importa merecer ante la conciencia y ante la historia, el fundadísimo dictado de traidor á su patria; el conspirador ciego realista, caído en antros de conjuras ó tropezando en sirtes de intrigas, aguza el puñal histórico, para defenderlos por el asesinato, si lo cree necesario; y mientras el sayón rojo, estipendiado por la comunidad dictadora, salido del club con las embriagueces producidas por los aguardientes bebidos y por los discursos escuchados, hace rechinar los dientes en busca del pasto á su furor más

gustoso, las entrañas y los corazones monárquicos; rezan en sus hogares y más rezan las viejas beatas, devotísimas del Redentor y del Monarca, por lo cual en sus rezos se confunden los nombres de Cristo, y los nombres de Luis XVI, el culto á su Reina desgraciada con el culto á María Santísima, en la seguridad absoluta de que Francia restauraría el trono en plazo breve, y pondría sobre sus tablas sacratísimas, si espiraba la dinastía bajo el martirio, los retoños mismos de aquellos árboles sacros que á tal sazón caían, pues la Realeza en su ocaso, aún brillaba con sus reflejos sobre el tiempo como el sol, puesto y desaparecido, aun dora con sus crepúsculos y arreboles los espacios. Así, aquel Temple tan terrible, parecía seguro poco fuerte á los revolucionarios, que sobre sus hombros cargaban en tal minuto, con una obra de veinte siglos, para retener la hipoteca de una cabeza coronada, en la cual recaían innumerables privilegios, y con estos innumerables privilegios intensas responsabilidades. Para saber como queda el rescoldo de las seculares costumbres alimentadas por las seculares creencias hasta en el seno de una sociedad, que parece metamorfoseada de súbito, no hay como considerar cuánto costó pasar de la libertad completa del monarca en Versalles al cautiverio moral en París; del cautiverio moral en París al cautiverio material en el Temple; y del cautiverio material en el Temple al definitivo suplicio en la guillotina. El mismo decreto, donde se destituía sin empacho al Rey constitucional y se convocaba en breve período la Convención francesa, dice cómo latía el principio monárquico, por lo menos la esperanza de su perdurable subsistencia, en las reservas no disimuladas y las precauciones expresivas puestas allí sobre la regencia y sobre la tutoría del pobre delfín, consagrando en aquel sacudimiento, destinado á destruir y expulsar para siempre las castas el negado y maldecido principio hereditario. Y no bajaba este sentimiento de arriba; subía de abajo. No se comprende y explica sino por la subsistencia del sentimiento monárquico en los pechos populares, que aquella comunidad, sedienta de sangre, como cualquier déspota, y aquella plebe, á la matanza propensa, como cualquier genízaro, arremetiese con los suizos entregados, con los curas ortodoxos, con los patricios antiguos, con las damas de honor, con los gentiles-hombres de Palacio, todos inermes, y no rompieran el mágico cinturón tricolor, que preservaba de sus desacatos el Temple, y no inmolaran los Reyes sin escrúpulo, puesto que inmolaran los realistas sin piedad. Pasaban por allí los sayones en las noches apocalípticas aquellas, enrojecidos por el rojo reflejo de las antorchas humeantes; acompañados de gritos, los cuales parecían, bajos unos, ronquidos de réprobos en lo prafundo, agudos otros, chillidos de brujas en los aires; con las piernas tintas de sangre, por haber pisado cabezas, como el vendimiador pisa uvas, y haberse, cual en mosto éste, empapado en rojo cruor de las humanas venas; y, ni uno sólo pasó á quien se le ocurriera meter su cuchillo, afilado sobre los troncos y las gargantas de los realistas, en el autor y en el responsable de cuantos crímenes perseguían y castigaban; en el Monarca. Bien es cierto que, desde

los comienzos de aquella revolución justísima contra la cual se habían sublevado todas las dinastías y todas las cortes europeas, aparecieron los Reyes como verdaderos rehenes, retenidos y aparejados para detener la marcha de los irruptores, con amenazas tan graves como la terrible de cortarles, sin empacho alguno, las coronadas cabezas, y echárselas entre los piés á la invasión y á la conquista. Los Reyes, por su parte, se habían de tal manera encallecido en aquel combate, que no trataban de ocultar su regocijo por cuantas noticias favorables á la conquista y contrarias á Francia hendían los muros de la prisión. Estaba prohibido á los carceleros hablar con ellos de política; no podían recibir periódico ninguno; se les vedaba cuantas lecturas no estuviesen permitidas por autorización expresa de la Comunidad revolucionaria, su invisible calabocera; mas, un grito de lejos, un voceo de vendedores del periódico recién publicado y de la hoja suelta; un papelillo echado desde las casas vecinas al aire; una clave, convenida en los primeros tiempos de la desgracia, decían al Rey que Longwy acababa de caer; que capitulaba Verdun después de haberse descerrajado un tiro en la sien su heróico defensor; que Lafayette se había ido á suelo extranjero; que los irruptores prusianos, con los austriacos, avanzaban sobre las Argonas, mal defendidas por el calavera Dumouriez; y todo era regocijo en el Temple, porque nunca tuvieron los Reyes idea clara de patria, y siempre imaginaron pertenecerles los reinos, como pudiera pertenecerles un predio, y las cabezas de sus súbditos como pudieran pertenecerles las cabezas de sus ganados; por lo cual estaban en su derecho llamando á su auxilio al extranjero contra el rebelde, como se llama desde un hogar al vecino contra el incendiario y el ladrón.

La Historia con el Temple compusiera una tragedia, como nunca supieron idearla, nunca igual, esos tres sublimes trágicos que llenan la Historia Humana: Esquilo, Shakespeare, Calderón. Más recuerdos siniestros se cernían en torno de aquellas torres, que murciélagos anidaban en sus adarbes y buhos vivían en sus agujeros. Así no asombra el preeutimiento, que imperara sobre su cerazón desde la primera hora, en que vió Antonieta erguirse ante sus ojos aquel negro fantasma de granito. También allí había muerto una forma social, tan acreditada en siglos de siglos, como el feudalismo teocrático, á manos del Rey, cual quinientos años más tarde moría el Rey con su absolutismo á manos del pueblo; también allí se habían concluido en gigantescos cruentísimos suplicios los cruzados templarios, quienes, so color de recabar á Jerusalén, defendían al Pontificado, cuyo poder político y social destrozaban los Reyes sin presentir que cuando se quedaran sin aquel escudo, les arrancaría las coronas de sus frentes el puñal de los revolucionarios. La orden del Temple apiló allí piedras sobre piedras; ciñó aquel recinto feudal de muros espesísimos coronados por inaccesibles torres; abrió fosos, llenos después de agua, sobre los cuales no se podía pasar sino merced á puentes levadizos; erigió para su centro un torreón enorme, que presidiera tantas torrecillas como el aguilón preside pollos rapaces; llenó todo

aquel espacio de cruces y espadas como verdaderos amuletos que asegurasen su dominación; y cayó rendida, rota, sin fuerzas, al empuje de las tierras populares, ó sean los propios, que se levantaban como un grande movimiento geológico ayudadas por el Rey, quien se creía entonces ligado con el pueblo, sin que nadie pudiera comprender por aquella sazón que concluiría este pueblo en su crecimiento con el sacerdote, con el noble, con el Rey. Y no ejercían los Templarios menos influjo en las sociedades y en los tiempos feudales que pudiera la Realeza ejercer desde los siglos del Renacimiento hasta los siglos de la Filosofía. Con su casco á la cabeza, el espadón formidable á la mano, el peto al cuerpo, el brazalete al brazo y el guantelete á la mano, en las rodillas petrificadas aquellas las rodilleras de hierro, sobre los hombros el manto blanco y al pecho la cruz regia, representaban los templarios el ejército caballeresco de la Santa Sede, como representaron más tarde los negros jesuitas el ejército cortesano; y uno y otro ejército se disolvieron á manos de los Reyes, inermes, por propia culpa y pecado propio, para su defensa y salvación. En tiempo de Luis y Antonieta entraba dentro del Temple un descomunal comunero á maldecirlos y denostarlos, mientras en tiempo de los templarios entraba un descomunal Rey en persona, y sin más miramientos que los usados cinco siglos después por los pueblos con los Reyes, descabezaba el caballero, cuyo noble casco hacía sombra terrible á la real corona. Las visitas domiciliarias de Danton el año aquel tenían sus procedencias en otras visitas domiciliarias mandadas por los Reyes con arbitrariedad igual á la suya y cumplidas con mayores violencias. Era el trece de Octubre, año tercero de la décima-cuarta centuria; y un descendiente de Hugo Capeto, ascendiente á su vez de Luis XVI, entraba en el Temple, ponía la mono, enguantada de acero, sobre la cabeza de un monarca feudal tan excelso, como el gran maestre templario; lo prendía por sus arcos; le arrancaba el tesoro para sí; hacía prender en todo el reino á todos los caballeros, tratándoles poco más ó menos como en aquel mismo temple habían de tratar los revolucionarios á sus coronados herederos y descendeientes. Horrible fuera el proceso por los convencionales abierto á los Reyes; pero más horrible todavía el proceso abierto por los Reyes á los templarios. No contaban las penas de estos plumas divinas, como las plumas de Lamartine y de Carlyle, que han contado las desgracias de los últimos Capetos; pero merecían alguna compasión y ternura naturales aquellos monjes en armas, quienes, después de haber llenado el mundo con sus hazañas, rescatando ciudades cristianas, acorriendo cristianos peregrinos; con un beso del sol bíblico en la frente; con las manos húmedas del Jordán en que bautizaran á tantos infieles mahometanos; la redención de cautivos por título y los combates religiosos en Asia por corona, morían como reses en el matadero de la Realeza, degollados á las codicias y á las ambiciones de los Monarcas. También sus manos se rompieron como las manos de los realistas en las matanzas de Septiembre; también sus huesos se descoyuntaron á las tenazas de los tormentos; también sus corazones